

parece un trinquete; está pegado, lo que se llama pegado, como si fuera un jis.....

Ya Ricardo había encendido un cerillo y Sanchez encendió el cigarro sin intentar componerlo, siguiendo la regla sabidísima de un borracho de profesion, que en materia de luces decia haberle demostrado su experiencia que, de tres luces que ve el borracho, la de en medio es la segura.

Ricardo, despues de un momento de embarazoso silencio, optó por retirarse. Se despidió con naturalidad y salio de la sala.



CAPITULO XV.

SÁNCHEZ HACE PARTICIPE Á AMALIA DE LAS
DULZURAS DEL VINO DE CHAMPAGNE.

SÁNCHEZ dirigió una mirada, una larga mirada de borracho á Amalia, y en seguida dejó caer una mano como de plomo en la sedosa falda de aquella muger, que se estremeció al sentir el golpe inesperado.

—¡Qué bonita estás, Amalia! dijo Sanchez acercando su cara á la de Amalia para bañarla con la aldeida de la embriaguez.

—Mira, continuó Sanchez, es una lástima que te visite

ese mequetrefe..... No te ofendas, Amalia..... pero es una lástima..... él me dió este cigarro que no arde.....

Sanchez tiró el cigarro y continuó:

—Los cigarros de *ese* no arden, los míos sí; porque tengo muchos pesos que me ha dado la nación por mis importantes servicios..... porque yo he andado en la revolución para elevar.... para que suba este indio á quien amo..... porque ya lo sabes..... yo amo á D. Benito, Amalia, y ahí lo tienes de presidente de la república mexicana.

Reinó en seguida un silencio soporoso, durante el cual no se oía mas que la fatigosa respiración de Sanchez.

—¿Qué hora es? preguntó Amalia.

—Sácame el reloj y mira tú, Amalia..... no te ofendas..... porque la verdad tengo la vista un poco turbada, turbadita, Amalia; quiere decir, así..... como..... yo no he tomado mucho, y tengo muy buena cabeza; pero: ¿creerás, Amalia, que no sé qué tenía el Champagne?

En ese momento daba la una la campana del reloj de la sala.

—¡Vaya! exclamó Sanchez, atisbando de una manera grotesca el reloj de bronce; ese sí no tiene la vista turbada..... ni la campanilla tampoco.

Y Sanchez rió de su propia gracia, con una risa de idiota.

Ya estaba atravesando Sanchez por ese periodo de excitación, en el que los objetos materiales toman cierto realce como si crecieran en tamaño; experimentaba esa lu-

cidez febril que lo reviste todo de una luz intensa, y que en el orden moral engendra este otro fenómeno:

Todas las ideas entran en la esfera de la hipérbole, y nada queda en su justo medio.

De aquí nace la tendencia del borracho á parecer valiente, porque cuando los gases alcohólicos están excitando ciertos órganos, el borracho cobarde siente un placer nuevo al descubrirse valiente; el tonto se sorprende de esa misma lucidez, que en su propio concepto lo hace aparecer afluente y decididor; el enamorado siente avivado el fuego de su pasión, y la belleza del objeto amado toma nuevo encanto.

Por este estilo son las elucubraciones que se producen á merced de ese fuego fátuo que nace de la excitación alcohólica.

Sanchez sentía todo esto en presencia de Amalia, y estaba á punto de romper el velo de sus reservas, para afrontar con la indiscreción de un borracho cuestiones delicadísimas.

Sanchez tenía, ya hacia tiempo, para su coleteo, que Ricardo enamoraba á Amalia; pero habia sabido ahogar, hasta entonces, la punzante desazón de este celo, en una compensación: en la cocota.

Infel, antes que Amalia, habia preferido no ver ni oír para que á él no lo vieran ni lo oyeran; y tal sistema, según él mismo decia, le conquistaba, cuando menos, la paz.

Pero en aquellos momentos estaba mirando á Amalia

mas hermosa, mas interesante, y con los atractivos que su imaginacion exaltada le prestaba.

—Ya te he dicho, Amalia, que estás bien; quiere decir, que te estoy viendo mas bonita ahora..... y no es porque tenga nada..... no; ya sabes que tengo muy buena cabeza, y..... y lo que he tomado es un traguito nada mas..... no te negaré que me siento mas expansivo..... pero ya sabes que esto es por..... es por tí..... ¿Tengo razon?

—Sí; murmuró Amalia solo con el deseo de no contrariar á Sanchez.

—¡Ay! qué sí tan friol..... y eso sí no lo puedo tolerar, porque lo que es á ese mequetrefe que te visita, lo echo por el balcon el dia menos pensado; ¡júralo!..... lo tomo por la cintura y cataplum..... hasta la calle..... esto es una cosa muy sencilla.

Siguió Sanchez repitiendo estas palabras por medio de ese sistema peculiar del borracho que gira en un estrecho círculo, como si el limbo del embrutecimiento fuera invadiéndolo todo para dejar solo en su centro una pobre idea girando sobre sí misma, como la llama de una lámpara espirante.

Amalia, que aún conservaba las violentas impresiones de la larga conferencia que acababa de tener con Ricardo, contemplaba á Sanchez en los momentos mas á propósito para hacer la mas desfavorable de las comparaciones.

Toda contrariedad determina la obstinacion y la cólera

en un cerebro exaltado, y la impasibilidad de Amalia comenzaba á ser para Sanchez motivo suficiente para excitar su furor; de manera que algunos momentos le bastaron para entrar en este nuevo periodo.

Se levantó de su asiento con un vigor de que no se le hubiera creido capaz, y sin vacilar se paró frente á Amalia para insistir en sus reconvenciones de una manera brusca y descompuesta.

Amalia comprendió que iba á tener lugar una horrible escena, y procuró revestirse de toda la resignacion de que era capaz; pero Amalia no tenia ningun camino, no salia adelante con ningun recurso, no encontraba nada que pudiera calmar la ira de Sanchez, á quien exaltaban tanto el silencio como la prudencia, tanto la lógica como las concesiones; y si Amalia proferia una palabra, si expresaba una idea, esta idea era tergiversada é interpretada por Sanchez, que se obstinaba en enredar un hilo que Amalia no podia romper.

En vez de acercarse, se alejaba mas y mas del periodo de la postracion, y sobreexcitado su sistema nervioso, Sanchez se habia colocado en la situacion moral del demente.

Estaba pálido, sus ojos brillaban de una manera extraña, y su mirada, lejos de estar vacilante y opaca como al principio, tenia una fijeza febril que no se podia contemplar con indiferencia.

Al llegar á este término, habia perdido la conciencia de su propia embriaguez; se habia desprendido del origen y

no tenía ya la facultad de juzgarse á sí mismo; estaba entregado completamente al objeto que lo preocupaba, cobrando mas y mas vigor á medida que entraba mas al fondo de sus mismas ideas.

Un hombre en este terrible estado de enagenacion, impresionava vivamente al que lo contempla.

Las facultades que constituyen el sér moral, que son parte de ese espíritu que no ha de perecer, pierden, al influjo de una lesion material, la admirable armonía que las une, para convertirse en las cuerdas flojas de un arpa ó en las ruedas de una máquina descompuesta que no llena su objeto.

Amalia fluctuaba entre la contrariedad y la ira, entre la resignacion y el sufrimiento; y solo despues de una terrible lucha de algunas horas, cuyas escenas se resiste á escribir nuestra pluma, fué cuando pudo contemplar en medio de un triste consuelo, que Sanchez al proferir una de sus mas feroces imprecaciones, cayó á plomo sobre el sofá como si todas sus fuerzas lo hubieran abandonado de pronto, como si hubiera sido herido por una descarga eléctrica.

Amalia contempló todavía por algunos momentos aquella masa inerte, y convencida de que habian de pasarse algunas horas para que Sanchez despertara, salió lentamente de la pieza.

Necesitaba respirar otro aire, y comprendiendo que ya estaba sola y que podia entregarse sin testigos á sus amar-

gas reflexiones, atravesó algunas piezas hasta llegar á la asistencia.

Ardia aún una vela en un candelabro; D. Aristeo envuelto en su capa parda estaba sentado en su sillón favorito, y Felipa estaba frente á él en otro sillón.

D. Aristeo hizo un movimiento al presentarse Amalia; pero Felipa permaneció inmóvil: estaba dormida.

—Serán las cuatro, dijo D. Aristeo muy bajo y torciendo la cabeza como tenia de costumbre.

Amalia se apoyó en un mueble, porque experimentó un desvanecimiento.

—¿Está usted mala? preguntó D. Aristeo, incorporándose.

—No, dijo Amalia, necesito aire.

—¡Cuidado con eso! vea usted que las pulmonías.....

Amalia atravesó la pieza dirigiéndose á la puerta: esta habia permanecido entreabierta, con objeto de que las voces de Sanchez y de Amalia entraran por allí cómodamente.

D. Aristeo salió en seguimiento de Amalia hasta el corredor.

—¿Se durmió por fin? preguntó D. Aristeo.

—Sí.

—¡Ah qué mi compadre!.... Y vea usted, antes no era así, pero yo no sé qué tienen hoy las gentes; si casi no se conoce una persona que no le cuente á usted que *se la pone* seguido.

Amalia permaneció callada.

—Pero en fin, usted no debe hacerle caso cuando se pone en ese estado, porque ya sabe usted que así no sabe uno lo que hace.

Lo peor es, continuó al cabo de un rato, que á mi compadre le da por enfurecerse; si es una fiera, lo he estado oyendo, y pensaba, como es muy natural, que no debía recogerme supuesto que de aquella disputa sabe Dios lo que resultaría!

—Tiene que resultar algo muy grave, dijo Amalia pudiendo apenas contenerse.

—Yo ya se lo dije á mi compadre; y cuidado si le he predicado; vamos, que yo no sé como se ha podido alucinar al grado de..... Usted por su parte debe tener en cuenta que es imposible, absolutamente imposible, que pueda inspirar amor una muger semejante.

—¿Que está usted diciendo?

—Eso, que es imposible.

—¡D. Aristeo! exclamó Amalia en tono de reconven-
cion.

—Digo..... continuó D. Aristeo turbado, que.....figúrese usted que la muger que es capaz de dejarse traspasar como un mueble.....

—¿Estoy sentenciada esta noche á sufrir injurias de todo el mundo? dijo Amalia en el colmo de la indignacion.

—¡Injurias! repitió D. Aristeo; injuriar á usted..... no comprendo!

—¿Entonces de qué muger está usted hablando?

—¡Ah! tá, tá, tá, usted tomó..... vaya..... ¿conque

usted?..... ¿pues de quién habia yo de hablar sino de la cocota, á quien no he podido olvidar un solo momento?

—¿La cocota? preguntó á su vez Amalia con extrañeza.

—Sí, Amalia; sobre que estoy escandalizado, materialmente escandalizado, porque yo no sabia ninguna de estas modas de Paris.

—No entiendo lo que me está usted diciendo, D. Aristeo, y temo seguir interpretando sus palabras de una manera muy poco favorable.

—¡Vaya! conque yo, que ya soy viejo y que he tenido mi mundo, no lo podia entender tampoco!

—¿Entender qué?

—Eso del traspaso, y sobre todo, de que esas mugeres se dejen llevar y traer..... ¡vaya! sobre que estoy, segun le he dicho á usted, verdaderamente escandalizado.

—Señor D. Aristeo, ruego á usted se sirva hablar claro, porque tengo el sentimiento de no entenderlo á usted.

—Sírvase usted calmarse y procuraré ser lo mas claro que me sea posible.

Pues señor, continuó D. Aristeo, el caso pasó así: Manuel, usted conoce á Manuel, se fastidió un dia de la cocota y se la dejó á mi compadre.

Un mundo de ideas se vino á las mientes de Amalia, porque en aquel momento ataba muchos hilos, corroboraba muchas sospechas y encontraba de lleno si no una

disculpa, al menos una compensacion á la infidelidad que estaba próxima á cometer.

Ricardo le habia exigido á Amalia aquella misma noche, una resolucion que pusiera término á sus ansias amorosas, y Amalia, que habia empezado á familiarizarse con sus propias ligerezas, habia retrocedido ante la idea de faltar á sus deberes.

Debemos confesar en honor de Ricardo, que sabiendo, como sabia todo México, la historia de la cocota de Sanchez, no blandió esta arma innoble para obligar á Amalia á decidirse; pero lo que no habia hecho el amante, acababa de hacerlo el querido compadre de Sanchez, quien efectivamente estaba de tal modo preocupado con la historia de la cocota, que no pensaba en otra cosa, ni queria hablar sino de la honda impresion que le habia causado la conducta de aquella americana; conducta que, lejos de hacerla odiosa y despreciable, le atraia postores que, como Sanchez, pagaran trescientos pesos al mes por apreciar sus prendas morales.

Amalia, con esa sagacidad y tino de que solo es capaz una muger, creyó conveniente guardar cierta reserva acerca de lo que le contaba D. Aristeo, quien, como se habrá comprendido, atribuía el reciente disgusto al único motivo que segun él habia de determinar en la casa todo género de calamidades: la cocota.

No fué muy difícil á Amalia conseguir que D. Aristeo la pusiera al tanto de cuanto sobre el particular podia decirse, al grado que solo el canto de algunos gallos y cier-

to fulgor blanquecino que se empezaba á percibir en el cielo, pudieron cortar aquel relato que, segun todas las apariencias, iba á acabar por volver loco al pobre compadre D. Aristeo.